

historicista. Sin embargo, las posiciones polares no son claras, porque la mayoría de los trabajos sólo tratan de dar su visión de la realidad, sin entrar en el terreno de la crítica teórica.

Pero la realidad latinoamericana tiene tal complejidad conflictiva, que la “teleología del optimismo” muchas veces debe retroceder ante ella. Aparecen propuestas híbridas que tratan de conciliar ambas tendencias. Estas son mayoritarias y en tanto contribuciones son las más débiles, precisamente porque su propia incongruencia las esteriliza.

La discusión central en los escenarios a los que aludimos es la que gira en torno a la democracia en América Latina. El objetivo de este trabajo es presentar nuestras ideas sobre el desarrollo de la democracia en Venezuela y América Latina desde una perspectiva hipotética que provisoriamente podríamos llamar “*la democracia como proceso de construcción de la sociedad civil*”.

Estas ideas serán enunciadas teniendo siempre en cuenta que nuestro pensamiento no se mueve en el vacío teórico, sino en un espacio minado por explicaciones de los fenómenos político-sociales que ya han pasado a ser parte integrante de los propios procesos, en tanto se mimetizan ideológicamente con ellos. Esto define nuestro discurso en la doble dirección del análisis de la realidad y de la crítica teórica al mismo tiempo. Hemos ordenado las ideas en los siguientes niveles temáticos:

- a) La democracia entre la civilización y la barbarie;
- b) La democracia como debe ser y como realmente es. La crisis de la democracia imaginaria en Venezuela;
- c) La democracia como construcción de la sociedad civil desde la sociedad político militar.

La democracia entre la civilización y la barbarie

Los estados nacionales latinoamericanos se constituyen desde lo que denominamos como la “fusión” entre la “civilización” y la “barbarie”; la fusión, escribimos, y no la alternativa. El caudillo “bárbaro — positivista” será el actor en el que se concentra el Estado y los mecanismos del sistema político que lo sirven, y que a la vez le otorgan “legitimidad” a su mandato.

En la historia política europea, la sociedad civil se funda como consecuencia de las grandes revoluciones económicas y político-sociales de los siglos XVII y XVIII. El ejercicio del poder político que caracteriza la civilidad está basado en una transformación radical de las “antiguas” relaciones de poder, cuyo núcleo era precisamente la función del sistema político como servidor-mediador del Estado Omnipotente. Este tema está muy bien planteado por P. González Casanova,¹

“los sistemas políticos son sólo parte de los estados, y por ello exigen una diferenciación muy clara entre política y poder ... se puede alcanzar una teoría viable de los sistemas políticos, siempre que se tome la precaución de nos subsumir la lógica del sistema político a la lógica del Estado”.

Si, por otra parte, como sostiene el mismo autor, “el Estado es el poder de disponer de la economía”,² la función del sistema político es, precisamente, la de democratizar dicho poder, impedir su privatización y volverlo coherente con las necesidades de la *sociedad civil*. Pero en América Latina, “el caudillo-Estado” es un híbrido *en el cual se fusionan la civilización y la barbarie*, y éste es el obstáculo originario que impide sentar las bases para una lógica del sistema político que lo libere de la mimetización con el Estado. El mantenimiento de esta relación no sólo es una cuestión de “orden interno”, sino que también responde al ordenamiento coherente de un sistema capitalista que basa su supervivencia y crecimiento en la continuidad de una relación interregional de carácter desigual.³

El caso venezolano ilustra con meridiana claridad esta afirmación. La dictadura unificadora de J.V. Gómez, en sus treinta años de gobierno, se consolida y se legitima cuando Venezuela ingresa al circuito internacional petrolero, y Gómez hace coincidir su poder despótico absolutista interno con la sumisión de su “estado caudillista”, legitimado constitucionalmente, a los intereses de la política y la economía de los Estados Unidos. El posterior proceso de institucionalización y modernización de la administración pública y los partidos políticos, basado en el auge progresivo de la economía petrolera, no cambia sustancialmente esta situación, ni en el orden interno, ni en el externo, luego de la muerte de Gómez (1928). El sistema político mediatiza el poder del Estado-caudillo a través de dos presidentes autoelegidos: López Contreras, en primer término, y Medina Angarita, hasta 1943. Entre el '43 y el '48, la explosión popular que lleva a Rómulo Gallegos al poder por el breve lapso de tres años marca un intento fallido de romper esta simbiosis entre sistema político y Estado, que es lo que venimos ilustrando en este apartado.

El trienio bajo la presidencia de Gallegos demarcó para el incipiente populismo venezolano, y su astuto padre emergente R. Betancourt, los límites internos y externos de un pretendido “gobierno de masas”.⁴ La caída del errático gobierno de Acción Democrática, sucedido por los diez años de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez, le dan al futuro “fundador de los 35 años de democracia venezolana” una formidable experiencia de lucha política, que luego aprovechará con indudable talento y astucia. Vencedor, por escaso margen, en las elecciones del '58 frente a una izquierda heterogénea, con fuerte base popular, apoyada en la cresta de la revolución cubana, también él se las ingenió para domesticar a su antojo el sistema político, mediante dos maniobras que condicionaron la historia política venezolana hasta el presente: 1) firma, con COPEI y URD, el Pacto de Punto Fijo, con lo cual establece un acuerdo que

elimina la oposición parlamentaria frente al “peligro de la subversión desestabilizadora, promovida por el castro comunismo”; 2) empuja a la oposición más radical de su partido a romper la legalidad, generando, desde el propio partido de gobierno, el “Movimiento de Izquierda Revolucionaria” (MIR), que, junto con el FLN (frente militar del Partido Comunista), desatan la guerrilla en Venezuela. Esta doble maniobra transforma a Betancourt en el aliado más firme y estratégico de los EE.UU. en la ya problemática zona del Caribe.

Estas escuetas y elementales apreciaciones de tres décadas de la historia política venezolana son suficientes, de todas formas, para colocar la polaridad del modelo evolucionista del funcionalismo (tradicionalismo-folk vs. modernización-secularización) y las identidades polares que de él surgen (“barbarie-civilización”, “autoritarismo de la adscripción-democracia del logro”) en una situación poco airosa como explicación sociológica convincente de la complejidad de un proceso histórico político que rebasa tal estrechez analítica. De todas maneras, el funcionalismo recurre a otras categorías que intentan explicar la singularidad antimodélica de los procesos latinoamericanos, como, por ejemplo, “dualismo estructural” y “tradicionalismo ideológico”, y su poder explicativo será discutido en la próxima sección. Por ahora sólo hemos mostrado su impotencia metódica en el análisis de la singularidad latinoamericana, en la constitución y continuidad del poder político hasta los años 50.

La democracia como debe ser y como realmente es: la crisis de la democracia imaginaria en Venezuela

Marcos Roitman señala, en un reciente escrito, lo que debe ser la democracia:

“La democracia es válida cuando política, social, económica y culturalmente da respuesta a las grandes demandas y soluciona los problemas endémicos que en la región son: la pobreza, la oligarquización efectiva del poder, la concentración económica, la salud, la vivienda y la educación”⁵ (Roitman, 1992: 75).

En el mismo ensayo, el autor cita un sugerente texto de René Zavaleta Mercado,⁶ que viene a indicar lo que realmente es la democracia en América Latina:

“Aquí la democracia está insinuada como un acto de Estado. Es la conciencia del Estado calculando las reverberaciones de la sociedad civil. La sociedad civil en esta fase gnoseológica es sólo el objeto de la democracia, pero el sujeto democrático (es un decir) es la clase dominante, o sea su personificación en el Estado Racional. La democracia funciona entonces como una astucia de la dictadura, es el momento no democrático de la democracia”.

El antiguo optimismo del modelo evolucionista funcionalista, si bien no ponía la democracia como objetivo teleológico del desarrollo, daba como supuesto la identificación entre los dos conceptos: todo proceso que tienda hacia la “modernización” es inevitablemente democrático, porque esta cualidad se logra a través de la ruptura del autoritarismo adscriptivo, superado por la adquisición democrática del *status* a través de la “libre competencia”, sostenida a la vez por un complejo actitudinal que cimenta la conducta secularizada, abierta, proyectada hacia el cambio dentro de la norma del respeto a la elección entre múltiples alternativas, aun de valores antagónicos, en el marco de la “heterogeneidad cultural”. Como afirmamos en la sección precedente, el funcionalismo puede recurrir a sus categorías habituales para explicar por qué la actual modernización de América Latina se produce con tremendas contradicciones: por ejemplo,

- 1) cohabita con una profunda y creciente desigualdad social;
- 2) fue bandera y logro de algunos de los autoritarismos más genocidas del presente siglo;
- 3) cohabita y, hasta cierto punto, es deudora de la corrupción y la degradación social originada por la masiva pobreza crítica, de la monstruosa concentración de la riqueza, de la creciente violencia política como respuesta al aumento de la violencia económica y la violencia social.⁷

Para el funcionalismo, el formidable precio (antagónico a la identidad teórica modernización–democracia) pagado por la modernización de las sociedades latinoamericanas puede ser una cuestión de menor monta, atribuida a nuestro habitual tradicionalismo ideológico y a la convivencia de estructuras atrasadas, primitivas y violentas con otras avanzadas y racionales. En realidad, tal como afirmábamos en un texto anterior,⁸ los expositores de la teoría sociopolítica más difundida sobre la actualidad latinoamericana no hacen otra cosa que reintroducir la dimensión explicativa aludida.⁹

Esta concepción se podría resumir en sus aspectos claves: se parte de un análisis comparativo entre Europa y América Latina sobre los modelos de transición del “Autoritarismo a la Democracia”; ambos conceptos no son anclados en una reflexión que nos permita diferenciar los contextos sociohistóricos de polaridades tan distintas desde el punto de vista de su diversidad geopolítica. Se analiza el tránsito hacia la democracia, o sea, los cambios entre el sistema político y la estructura del Estado, desde el punto de vista formal y legal; no se explora la verdadera diferenciación entre los dos sistemas, que en todo caso sólo puede ser analizada en profundidad en la medida que se asuma en el contexto de la praxis económico-social de cada sociedad, en su relación con el Estado y las relaciones de poder que éste ejerce. Las propuestas teóricas para el logro de la democracia, tanto explícitas como implícitas, no son más que “un elaborado discurso vacío de memoria”.¹⁰ En el modelo son

ignoradas todas las formas de injusticia, degradación social y violencia que constituyen el núcleo emergente de nuestra realidad. La construcción de la democracia en América Latina es una tarea de actores sociales, “sin odio y sin memoria”, ocupados exclusivamente en generar pactos que, guiados por la racionalidad instrumental, le den continuidad formal a la democracia ilusoria.

La realidad de la democracia actual venezolana demuestra la insolvencia de esta propuesta teórica. Tal insolvencia es precisamente lo que le permite actuar como “fantasía” necesaria para mantener el consenso rutinario. En Venezuela, la vigencia del Pacto de Punto Fijo mantuvo un sistema político relativamente estable a través de la sucesión de mandatarios de los grandes partidos en el poder desde 1958 hasta 1989: Betancourt (AD), Leoni (AD), Caldera (Copei), Pérez (AD), Herrera Campins (Copei), Lusinchi (AD) y, finalmente, otra vez Pérez. Este comienza su turbulento gobierno en enero de 1989, para ser suspendido y finalmente destituido por la Suprema Corte y el Congreso, en un proceso que comienza en mayo y culmina en agosto de 1993.

Los casi cuatro años de mandato de Carlos Andrés Pérez muestran, en una dramática condensación, la crisis de la democracia “más estable” de América Latina, en uno de los países más ricos del subcontinente y, teóricamente, el más preparado para cumplir la tercera premisa del modelo Wilson Center, aquella del “pacto entre actores sociales sin memoria, sin odios ni rencores, para lograr el desarrollo democrático y el bienestar colectivo”. Es indudable que Pérez lo intentó. La aplicación del modelo neoliberal se resumió en el “paquete” de medidas económicas, la aparente despolitización de la economía, la privatización de las empresas mixtas y estatales, y, sobre todo, la incorporación de jóvenes ejecutivos de ideología neoliberal y de presencia “yuppie” en cargos claves del aparato del Estado, con el objetivo de “aumentar su eficiencia”. Los resultados saltan a la vista, por lo que basta enunciar algunos de los más significativos:

- Aumento considerable de la concentración del ingreso y, por consiguiente, de su distribución regresiva.
- Aceleración de la tendencia a la expansión de la marginalidad urbana (38%) y fuerte aumento de la pobreza crítica, que en los últimos 15 años pasa del 31% al 49%.¹¹
- Aumento de la fuga de capitales; ingreso de capitales para lavar dólares, originando un fuerte incremento de precios, sobre todo en la construcción y, correlativamente, en el alquiler de inmuebles para la clase media.
- Devaluación del bolívar, acelerada en los últimos años, lo cual origina un incremento de la inflación (30% anual y en crecimiento).
- Sobre una balanza de pagos deficitaria en tres mil millones de dólares, la mitad, aproximadamente, corresponde a la importación de tipo suntuaria: automóviles de lujo y otros objetos.
- Descenso en los niveles de empleo; desocupación imposible de calcular en cifras reales (en cifras oficiales, alrededor del 15%).

Las consecuencias sociopolíticas definen con gran claridad el perfil real de la “democracia venezolana actual”.

En febrero de 1989, el “Caracazo” — una verdadera sublevación popular-provocado por el aumento en los precios de la gasolina, da lugar a saqueos masivos y prácticamente ocasiona la destrucción de los comercios minoristas adyacentes a las zonas populares y marginales. Las amenazas a los lujosos centros comerciales, y aun a las urbanizaciones de clase media y clase media alta, contrastan con la impotencia del gobierno y la clase política. Las fuerzas armadas aplastan el motín, tomando la ciudad y desatando una fuerte represión, con cañoneo en las zonas marginales. Las cifras oficiales llegan a los 300 muertos. Agencias noticiosas extranjeras y observadores no oficiales informaron de más de dos mil víctimas.

El “Caracazo” fue algo más que un síntoma agudo del descontento popular; puso de manifiesto la impotencia de la clase política venezolana — *el Estado, los partidos, el mismo sistema político* — *en una situación límite, y sacó a flote lo que siempre estuvo latente, pero desde este momento se hace evidente: su subordinación al poder militar.*

El 4 de febrero fue el punto de partida de lo que los analistas políticos en boga llamarían la “crisis de gobernabilidad”, no sólo del gobierno de Carlos Andrés Pérez, sino de todo el sistema político venezolano. Su impotencia para corregir la degradación económica tuvo profundas repercusiones sociales y políticas.

En el nivel social, la incertidumbre y el desasosiego invaden a extensos sectores de la sociedad venezolana. El odio y la violencia social no son la guerra de “los pobres contra los ricos”, sino de los que no poseen nada contra los que poseen algo, y la de éstos contra los que poseen algo más. La verdadera práctica de la salvaje competencia neoliberal se pone en acción con toda su fuerza de perversión individualista y narcisista en las relaciones sociales de los grandes núcleos urbanos de la sociedad venezolana.

Los dos golpes militares — del 4 de febrero de 1992 y del 27 de noviembre del mismo año — revelan la impaciencia de aquellos militares que se consideraban fuera del poder. Ambos tuvieron repercusiones político-sociales distintas, y su incidencia en los acontecimientos posteriores también fue muy diferente. El primero, centrado fundamentalmente en el atentado al presidente y con una estrategia contextual muy precaria, puso al descubierto la vulnerabilidad del poder político “civil” y, al mismo tiempo, la incapacidad del comandante, el Tte. Coronel Chávez, para lograr la toma del poder.

Sin embargo, el 4 de febrero marca dos fenómenos políticos relevantes, en los que el vacío del caudillo populista es ocupado momentáneamente por dos figuras contrapuestas. En primer lugar, el lacónico Chávez, frente a las cámaras, asume toda la responsabilidad del golpe y comunica su intención de rendirse, con un condicional “por ahora...”, que lo haría célebre. Esa frase es impactante en la escena pública, con un *rating* de teleaudiencia prácticamente total a nivel

nacional, y provoca la conformación de un movimiento que parece abrir una nueva instancia en el panorama político venezolano: el Movimiento Bolivariano.

El Movimiento Bolivariano fue durante un breve lapso una especie de gran fantasma, que parecía con poder para derrumbar el sistema político existente. A él ingresaron jóvenes esperanzados, pero también casi toda la vieja guardia ex-guerrillera y muchos sedientos de poder que querían encaramarse en la “solución militar”. Pero el movimiento se diluyó por su falta de estrategia, objetivos políticos y poder organizativo. En las Fuerzas Armadas, su arraigo fue muy relativo, aunque en los primeros tramos pareció contar con fuerte apoyo entre oficiales jóvenes y en general en la base de unas fuerzas armadas que, además de sufrir la crisis económica, estuvieron tradicionalmente fuera del poder político.

El segundo fenómeno político importante fue el brillante discurso de Caldera, frente a las cámaras de televisión (también con un *rating* casi total), el mismo 4 de febrero. Caldera no justifica el golpe, pero fustiga al gobierno y a la clase política que, según él, son responsables de la penuria del pueblo venezolano, al cual no se le puede pedir que defienda una democracia que lo castiga con el hambre y la persecución. Caldera, quizá sin saberlo, ya es un candidato político proyectado con enorme fuerza. Su discurso parece diferenciarlo de la clase política corrupta e ineficiente que él mismo contribuyó a crear.

El golpe del 27 de noviembre parece haber sido una rebelión parcial de altos mandos disgustados con su exclusión de los niveles del poder militar. Sin embargo, la espectacular batalla aérea y la violencia desatada desnudaron aún más la crisis de autoridad que vive la sociedad venezolana.

La caída de Pérez probablemente no será la del último gran caudillo populista. Más allá de su larga experiencia y su probada habilidad política, de sus errores y de las acusaciones de corrupción y de otras cuestiones personales, Carlos Andrés Pérez cayó porque en su gobierno se condensaron todas las violentas contradicciones acumuladas por debajo de la democracia formal ilusoria que la clase política venezolana contribuyó a crear, en congruencia con el contexto del capitalismo multinacional. Los dos textos que citamos, a la manera de epígrafe, cobran luego de nuestro análisis el verdadero relieve que merecen por su notable capacidad de síntesis. Roitman plantea lo que debe ser la democracia para que sea simplemente eso: “democracia”; como vemos, el ser está lejos del deber ser, en tanto se disuelven los equívocos teóricos que tratan de darle “apariencia de ser”. Zavaleta Mercado, por su parte, define lo que nuestra democracia realmente es: “Sujeto de la clase dominante” y “astucia de la dictadura”.

De la sociedad político-militar a la sociedad civil: la transición para la construcción de la democracia

Esta última sección será bastante más extensa que las anteriores, puesto que contiene temas que, si bien están estrechamente vinculados, tienen sustantividad propia:

- a) Los equívocos no inocentes de la teoría y el descriptivismo analítico o cuasi crítico;
- b) El método crítico. La democracia imaginaria y la construcción de la sociedad civil en América Latina.

Los equívocos no inocentes de la teoría y el descriptivismo crítico o cuasi crítico

Tal como afirmamos en los primeros párrafos de este ensayo, nuestro discurso no se elabora en el vacío teórico sino, por el contrario, en una dimensión ya “ocupada” por una serie de teorías explicativas de la realidad. Algunas de ellas, más emergentes, tanto por identidad conceptual con la “historia oficial” (Calello, 1989),¹² como por su validez para colaborar en la conformación de cierto tipo de representaciones sociales facilitadoras para el funcionamiento del “equilibrio dinámico del sistema”, son las que han conformado el núcleo más coherente del pensamiento sociológico latinoamericano. Este núcleo ha dominado los escenarios de comunicación más importantes del último congreso de sociología latinoamericana (Caracas, mayo-junio 1993), y también se manifiesta en el texto que estamos citando como síntesis significativa del pensamiento latinoamericano sobre la democracia (Casanova-Roitman, 1992).

Antes de tratar algunos ejemplos de esta “sociología latinoamericana”, debemos dejar constancia de que existen otros enfoques teóricos sobre la realidad latinoamericana. No son tan populares y en general se producen fuera de los circuitos internacionales, por lo que no alcanzan la expansión comunicacional de aquéllos más cercanos a la cultura científica hegemónica. Su visión totalista y crítica se acerca más a nuestra propia perspectiva teórica. Ellos serán considerados en la segunda parte de esta última sección. Por el momento centraremos nuestro análisis en la perspectiva antes mencionada.

El primer texto que llama nuestra atención es el de M. Cavarozzi, presentado como una de las ponencias centrales en el XIX Congreso Latinoamericano de Sociología. La comunicación de este autor, titulada “*Transformaciones de la política en la América Latina contemporánea*”, comienza con una hipótesis claramente definida:

“la política ha experimentado transformaciones significativas en las sociedades latinoamericanas en la última década. En esta ponencia me voy a referir a dos de dichas transformaciones. Por un lado aludiré a los cambios institucionales, a lo que defino como un *proceso de convergencia hacia la democracia política*. En este sentido, mis comentarios se centran en el nivel del régimen político. Por el otro, examinaré el agotamiento de la matriz estado céntrica (MEC), producido en torno a la crisis de la deuda externa en 1982. Este proceso de agotamiento y de surgimiento paralelo de una matriz alternativa ha contribuido a la *redefinición radical del sentido de la política*”.

A partir de esta definición, Cavarozzi desarrolla una serie de interesantes acotaciones sobre la debilidad de la democracia fundada en una MEC, que excluye de la participación a amplios sectores sociales, y al mismo tiempo favoreció la existencia de un mercado fuera de la ley que debilitó a la vez lo que él denomina el Estado sobreextendido (Cavarozzi, 1993).¹⁴ Estas acotaciones, válidas dentro de cierto descriptivismo, sin demasiada profundidad causal, desembocan en un diagnóstico prospectivo que transcribimos casi íntegramente:

“El principal legado de la década de 1980, fue que se vino abajo el complejo eslabonamiento que entrelazaba diversas redes sociales (1) los comportamientos económicos (2) el patrón de integración al sistema internacional (3) las modalidades asociativas de los diversos sectores sociales, por último (4) un “sentido común” de la política que implicaba que todo pasará por el estado, entendiendo éste como un conjunto de agencias públicas, y de patrones de interacción internalizados por individuos e instituciones privadas... En el interregno internacional que se ha abierto como consecuencia del agotamiento del MEC, una de las alternativas es que la desestatización las encaje en la desorganización y la entopía crecientes. Esta afirmación no implica ignorar los aspectos positivos de la actual situación: en ella se abre la posibilidad de que se organice un mercado más independiente de la discrecionalidad político estatal y en el cual los precios contribuyan a organizar las conductas de la manera más razonable y eficiente. También resulta probable que se refuercen las tendencias a la autonomización de la sociedad civil, al debilitarse las variadas modalidades de la tutela estatatal, que encorsetaban los comportamientos de individuos y grupos. Last but not least. *La erosión de los regímenes políticos híbridos reduce el riesgo de los bandazos (swings) autoritarios y represivos que afectaron sistemáticamente la América Latina Estado Céntrica*”. (No resistimos la tentación de subrayar esta última afirmación.) “...la experiencia de la última década, nos brinda la evidencia de cómo más mercado y menos estado puede implicar más marginalidad y explotación; cómo más sociedad civil (y en un sentido distinto menos estado) puede estar asociada a atomización y anomia e *incluso, como en el caso Venezuela, a la emergencia de tendencias antidemocráticas*”.

Un texto de más largo aliento es el publicado por H. Sonntag, en la compilación ya citada *La Democracia en América Latina. Actualidad y perspectivas*, bajo el título “La Democracia en Venezuela, una visión prospectiva”. Sonntag desarrolla en la primera parte de su breve trabajo una visión histórica de la crisis de la democracia venezolana en la actualidad, tomando como indicadores los habituales niveles de asincronía: aumento de la

injusticia redistributiva y, por consiguiente, de la marginalidad y la pobreza crítica, e impotencia progresiva del Estado, de los partidos políticos y del sistema político en general, a causa de su propia inoperatividad y corrupción. Esto conduciría a la generación de un modelo de “*apartheid* social”, en el cual sólo un tercio de la población gozará del bienestar del consumismo, en detrimento del otro 70% de la población. Nos interesa, básicamente, resaltar las propuestas del autor para superar esta situación:

“— que las sociedades definan y diseñen modelos de desarrollo en los cuales las políticas sociales no sean meramente complementarias de las económicas, y concomitantemente
— que se redefina el papel del Estado, más allá de los falsos dilemas planificación-mercado o Estado-sociedad civil... En fin, dados los resultados analizados, de la década de los setenta, ochenta y lo que va de los noventa, cualquier mirada prospectiva está impregnada de escepticismos de diversa índole. Entre otras razones porque la creatividad colectiva, esto es de los agentes sociales, sus organizaciones, y los liderazgos de las mismas, en cuanto a nuevas relaciones políticas de la sociedad y reglas de funcionamiento (...) ha sido bastante más baja en los 15 años anteriores. Tales formas serían en las actuales circunstancias, económico sociales, particularmente importantes. Ello porque la renovación y con ello el fortalecimiento de la democracia podrían engendrar la re-agregación de (nuevos y viejos)actores sociales, el establecimiento de identidades colectivas que corresponden con el momento que vive la sociedad, una orientación novedosa de sus demandas y la búsqueda de un proyecto nacional alternativo. Así podría dejar de ser la democracia “el paño de lágrimas de los que sufren el efecto del ajuste y convertirse en movimiento capaz de generar nuevos consensos” (Sonntag, *op. cit.*, pp. 314 y 315).¹⁵

Estos dos autores representan, dentro de la corriente de lo que hemos llamado la “sociología blanda”, dos versiones diferenciadas por su vinculación con la criticidad. El planteamiento de Cavarozzi se ciñe más a los cánones de la estrechez del método sociológico, por las siguientes razones: el autor parte del supuesto que en el sistema político latinoamericano hay un proceso de convergencia hacia la “democracia política”... ¿A qué tipo de democracia se refiere? Democracia limitada, democracia restringida, o a otros de los 7 tipos que descubre Roitman en el texto ya citado (Roitman, *op. cit.*, p. 71). Parece ser que el autor inventa otro: el de democracia... “política”. Nos quedamos sin saber, ya que el autor no aclara si se trata sólo de una redundancia, estando en la naturaleza de la democracia su cualidad de política. En cuanto a la “tendencia hacia...”, no pasa de ser una presunción teleológica, no, una descripción

meramente conjetural basada en que el solo agotamiento de la “matriz estado céntrica” allanaría el camino “hacia cierto tipo de democracia”. Esta última calificación la entrecomillamos, pues creemos que su contenido define el perfil de la democracia “al estilo Cavarozzi”. Los tres argumentos fundamentales que sostienen esta optimista presunción son:

- a) que el agotamiento del MEC abra la posibilidad de que se organice un mercado más independiente de la política estatal;
- b) que en el mismo los precios contribuyan a organizar las conductas de una manera más racional y eficiente;
- c) y que se refuercen las tendencias a autonomizar la sociedad civil, lo cual genere la erosión de “los sistemas políticos híbridos” para reducir el riesgo de los “swins” autoritarios.

La encadenación mecanicista que articula la argumentación de Mario Cavarozzi no es otra cosa que la expresión de un acto de fe en el modelo neoliberal, que está basado en la ilusión de la libre competencia, generada por “precios gobernando el mercado”, que induce conductas (supuestamente racionales) que operarían *para fortalecer la autonomía de la sociedad civil (nada menos) y a la vez erradicar los bandazos del autoritarismo*. Frente a estas descabelladas correlaciones, los comentarios huelgan (tal vez cabría preguntarse a qué “sociedad civil” se refiere... ¿la de los empresarios? ...¿o de las masas erráticas y sometidas?). Probablemente sólo queda añorar la rigurosidad de los maestros del funcionalismo (Germani) frente a estos no inocentes, pero sí torpes, equívocos de los expositores actuales de la teoría.

El texto introducido en segundo lugar, de Heinz R. Sonntag, no participa del esquematismo del de Cavarozzi. Sonntag se ubica en un nivel “cuasi crítico”; inclusive, en cierto momento, su ensayo parece elevarse en busca de la totalidad crítica, sobre todo cuando intenta contextualizar internacionalmente la crisis venezolana. Sin embargo, sus propuestas no remontan los habituales lugares comunes del diagnóstico positivista. Las soluciones propuestas a la crisis de la democracia venezolana son confusas y participan del fragmentarismo típico de los análisis que retroceden cuando se trata de asumir una torsión teórica que los coloque en las peligrosas proximidades de los paradigmas que han sido condenados como anacrónicos frente al proclamado “fin de la historia”. El lenguaje galimático y circular que propone el “fortalecimiento de la democracia para generar la re-agregación de nuevos y viejos actores sociales, y el establecimiento de nuevas identidades colectivas que se correspondan con el momento que vive la sociedad (?), una orientación novedosa en sus demandas, y la búsqueda de un proyecto nacional alternativo”, no remonta los lugares comunes de la tercera alternativa propuesta por los teóricos neofuncionalistas de Wilson Center.

No podemos cerrar esta primera parte sin dedicar unos breves párrafos a otra

de las ponencias centrales del XIX Congreso, publicada en la revista *Fermentum*. Nos referimos a la comunicación de E. Lander, titulada: “El Desarrollo latinoamericano. Modelos alternativos, economía y ecología”. Luego de intentar un macro-análisis estructural social de la crisis latinoamericana (presentando en la comunicación una nutridísima cantidad de notas y referencias documentales), establece una serie de proposiciones fragmentarias, a guisa de salidas particulares, tales como estimular los micromercados rurales y urbanos, los cooperativismos en todos los niveles, los movimientos ecológicos globales e intersticiales, y, fundamentalmente, las tecnologías regionales de orden tradicional o innovador. Sin embargo, parecería ser que estas nuevas prácticas frente a la universalización prepotente sólo podrían sobrevivir si se logra una universalización compartida, “aprovechando que las nuevas tecnologías de la comunicación han incidido significativamente en este incipiente proceso de constituir una nueva conciencia internacional compartida” (sic), (Lander, 1993).¹⁶

La óptica del autor es reductivista y deja fuera de su análisis grandes temas como la ideología y la comunicación como factor de poder decisivo para el mantenimiento del orden internacional desigual en beneficio de las empresas multinacionales.¹⁷ *Es un típico representante del optimismo teleologista, todavía apegado a la ingenuidad (o al cinismo) “macluhaino”, que sostiene la idea que la universalización de la comunicación convierte al mundo — plenario por la desigualdad y la violencia- en la “gran Aldea superinformada y democrática.”*

La democracia imaginaria y la construcción de la sociedad civil en América Latina

La primera premisa en la discusión de la democracia en América Latina y Venezuela es la que hemos intentado afrontar en la primera parte de esta última sección. Ella consiste en el desmontaje de las falacias de una teoría que presupone su existencia — larval, incipiente, restringida, pero perfectible — a partir de los acuerdos entre los actores de una sociedad en la cual los pactos bajo “el signo dominante de la razón instrumental” pueden conducir a su desarrollo pleno y armónico. Como hemos visto en las páginas anteriores, esta teoría antepone el acuerdo sobre la cotidianidad (los actores son individuos, que establecen relaciones entre sí de acuerdo a sus intereses como tales) a cualquier transformación de la institucionalidad (las instituciones, especialmente las políticas, son para esta teoría inmediatamente modificables, desde los ajustes personales a la racionalidad). Asimismo, coloca en el campo de lo manejable por la razón interindividual (en todo caso, por la razón metódica) aquello que le resulta obviamente inmanejable: el odio, la pasión, la memoria, las fuerzas de las identidades colectivas, el deseo y, fundamentalmente, el poder de la voluntad

social orgánica seducida por la utopía. Pero, al mismo tiempo, esta presunta omnipotencia de la razón oculta un acto intelectual constitutivo de la no existencia de la democracia en América Latina: el de impregnar en el sentido común de las masas *la creencia* de que las fuerzas y los intereses, que están más allá de la racionalidad, son los que realmente gobiernan la sociedad con el casi ilimitado poder de lo abismal.

Es la tarea de la “razón crítica” *volver transparente* al conocimiento lo abismal “de las oscuras fuerzas que nos gobiernan”, fuerzas que resisten el embate hipócrita de una razón metódica que, en última instancia, no quiere conocer lo que “no le conviene conocer” (E. Lander, 1993), precisamente para preservar la falsa verdad (ilusoria) de su propuesta fragmentaria, despojada de reflexión histórica y, por lo tanto, imposibilitada (autocastrada) para proponer algún proyecto más allá de la obviedad de la teleología racionalista.

En la mayoría de las grandes ciudades latinoamericanas, el no-ciudadano que sale a la calle todas las mañanas afronta dos preocupaciones básicas: la violencia que impregna la vida cotidiana (en la gradación del hurto, el asalto, la violación o la muerte) y la incertidumbre sobre su futuro inmediato y mediato. El modo de vida se despoja del proyecto y se reduce a una técnica de supervivencia. Desde esta cotidianeidad, en la cual se conectan sujetos históricos, despojados de su subjetividad y de su memoria histórica personal y colectiva,¹⁸ es desde donde debe pensarse en “las oscuras fuerzas que nos gobiernan” a través de un método capaz de confrontarlas, de descubrir su falso carácter abismal y al mismo tiempo condición de *creencia necesaria*, a fin de mantener un determinado *tipo de relación entre el Estado y la sociedad*. El elemento dominante en esta relación es el mismo que el sujeto padece en en la vida cotidiana: *el ejercicio de la violencia, de una violencia negada en su sustancialismo, y necesidad, y función* por la generación de un consenso en cuanto a su ejercicio sobre el criminal (que la merece) mas nunca como cuestión política, nunca por poder.

Y es precisamente la imposibilidad de cumplir con las premisas económico sociales básicas de la democracia lo que convierte a ésta — en América Latina — en el “sujeto de una clase”, “astucia de la dictadura”.¹⁹ Por lo tanto, si la posibilidad de vivir en democracia es el privilegio de algunos, es obvio que, como afirma el filósofo neoliberal J. Rawls, será demócrata — o sea, vivirá en democracia— sólo el que tiene “poder” para hacerlo, pero, a la vez, el detentar ese poder, como todo poder, es “poder sobre otros”, es decir, contra otros (R. Nosick, 1990). La astucia de este estado democrático será la de preservar el poder de los que lo tienen contra el deseo y el asalto de los que no lo poseen. Pero sucede que en América Latina la desigualdad entre los que tienen todo y los que no tienen nada es de tal magnitud, que se precisa *más fuerza que la fuerza legal del Estado* para mantener esta situación de tensión en “equilibrio dinámico” (como dicen los funcionalistas). Mas esta fuerza no será formidable sólo en la represión física de los sujetos a través del uso de las armas. *Esa fuerza debe paralizar a la sociedad, disolverla, hasta en sus manifestaciones más pequeñas y*

despolitizadas de sociabilidad; debe estimular al individualismo mas pragmático, vaciar a los sujetos de toda subjetividad que permita desarrollar el pensamiento crítico, convertirlos en hombre masa en el más absoluto sentido freudiano del concepto. La única forma de hacerlo es tal como lo plantea Hanna Arendt,²⁰ mediante la difusión del terror desde la máxima institución estatal, o sea, a través del *terrorismo de estado*.

El Terrorismo de Estado no sólo es -en América Latina- un momento episódico en el cual la “Dictadura Militar Genocida” promueve la reestabilización de la hegemonía del Poder multinacional y la amenazada “democracia-sujeto de la clase dominante” a través de la “guerra sucia”²¹ contra la Subversión, un adversario magnificado para su propia autofirmación.²² En los países latinoamericanos (especialmente en Venezuela) es una constante permanente en la relación Estado-sociedad, que tiene una especial aceleración a partir del fin de la guerra fría y la consiguiente expansión del capitalismo salvaje.

Nuestras singulares *democracias* se van a encontrar en este contexto con una nueva situación: los espacios alternativos para negociar su dependencia con los grandes bloques se van haciendo cada vez más estrechos; los ya débiles estados nacionales ven cada vez más menguadas sus ya limitadas autonomías relativas en confrontación con los países más avanzados del capitalismo tardío. La violencia se despolitiza en América Latina. La antigua izquierda, aquélla que levantó la “bandera revolucionaria” de la subversión como alternativa de poder ante la frustración nacida por la política real de *los populismos originarios*,²³ se disuelve y la subversión pasa a ser sólo un fantasma agitado como excusa para la represión. La despolitización de la violencia no significa su desaparición o su disminución, sino su *molecularización*, dentro del progresivo entrelazamiento de sus formas típicas (social, económica y política).²⁴

Esto plantea serios problemas de gobernabilidad, que son relativamente resueltos por los neopopulismos. Esta parece ser la fórmula que el neoliberalismo encuentra para lograr la ansiada gobernabilidad en América Latina, aunque, a pesar de las tesis de “algunos marxistas” — ahora ex marxistas latinoamericanos, como Laclau (1981), De Ipola y Portantiero (1983),²⁵ el populismo originario no fue un regimen que expresó el avance de los sectores populares, sino su paralización, a través de un proceso de masificación perversa.²⁶ El neopopulismo garantiza el control de la “masa”. Los mediadores — líderes sindicales, líderes de opinión política y de los medios de comunicación de masa — imponen la aceptación del incremento y la expansión social de la miseria como una fatalidad necesaria y temporaria. La reducción de la autonomía del Estado casi a “nivel cero” convierte a éste en una forma sin soberanía, en un administrador de “decisiones externas”, que podrán implementarse en tanto funcione el correaje consensual del populismo. Esta situación nos lleva a reflexionar sobre una paradoja clave para la dinámica actual de nuestro proceso político: por un lado, el papel de los ejércitos latinoamericanos en la década pasada (guardianes del mundo occidental y cristiano ante el embate del comunismo) pierde sentido con

la desaparición del gigantesco y peligroso enemigo externo. Sin embargo, como hemos visto antes, ello no nos permite prescindir de la fuerza ilegítima que caracteriza la sociedad político militar e impide el surgimiento de la civilidad. *O sea que el aparato del terror como fuerza armada e ideología debe funcionar, tanto en lo privado como en lo público, bajo la cáscara de la democracia formal.* La clave del mantenimiento de esta dualidad está en la perdurabilidad de la imagen del caudillo *como símbolo del deseo popular realizado en el poder.*

El fracaso político del “paquete” de Carlos Andrés Pérez y el triunfo coyuntural del plan de “convertibilidad” de Carlos Menem marcan la diferencia entre el vacío de poder de un caudillo que cae por no poder mantener esa imagen, y la continuidad de otro que, a pesar de la corrupción, del escándalo y del avance de la pobreza y la desocupación, aún la retiene.

El vacío político generado por la caída de Carlos Andrés Pérez muestra un mantenimiento de las tendencias conflictivas que se agudizaron en los últimos meses de su mandato. La inseguridad, la desconfianza, la proliferación de rumores sobre acontecimientos catastróficos de diversa índole tienen razón de ser no sólo por condiciones psicosociales que dejó el derrumbe del líder, sino porque el gobierno provisional, sin el antiguo liderazgo, sigue sometido al neoliberalismo, tratando de estirar el tiempo político hasta las elecciones de diciembre. El sacrificio del chivo expiatorio de toda una clase gobernante, inepta y corrupta, sólo abre un corto paréntesis en una sociedad perpleja ante la oferta del neoliberalismo “lúcido, honesto y enérgico” que propone O. Alvarez Paz, y la oferta de Rafael Caldera, que proclama la renovación del viejo liderazgo ético y providencialista, antineoliberal, desde una convergencia nacional, con una amplia base popular.

El actual “Bloque Histórico Latinoamericano” tiene un “lugar” en la aldea planetaria, pero la “Máxima Sociedad Global” no es, como la veía MacLuhan, un espacio abierto en el cual la multiplicidad universal de la comunicación garantiza una base para la igualdad y la democratización. Por el contrario, la planetarización acentúa la desigualdad entre países, base del poder de las corporaciones multinacionales, y la comunicación tiene el papel de generar la aceptación rutinaria de esa desigualdad, es decir, “diseminarla” como contenido del “sentido común”. Surge, así, un elemento central en la perduración de la dominación: *el Discurso Político Hegemónico*. Dado que sobre este tema estamos desarrollando un proyecto de investigación y hemos publicado sus fundamentos teóricos, resumimos, a continuación, las ideas fundamentales de dicho texto.²⁷

El papel hegemónico de la comunicación en las ciencias sociales tiene que ver, en tanto define la base científica y la ejecución a través de los medios, con el ejercicio del poder. El discurso tiene que ver — en tanto concepto — con su función en la praxis política en la cual es operativo. Así, el discurso político hegemónico — cuyo núcleo ideológico es la libertad de mercado — comunica y “disemina” un naturalismo libertario definido por las premisas más importantes,

en las que se condensa el pensamiento de sus principales ideólogos (J. Rawls y R. Nozick).²⁸

- a) *la libertad es para quien puede ser libre;*
- b) *los bienes están disponibles para quien tenga capacidad de obtenerlos;*
- c) *el Estado debe servir únicamente para preservar este orden natural de la libertad.*

Estamos, evidentemente, en presencia de una resurrección del “spence-rieno” más anacrónico,²⁹ un darwinismo social que es el eje central — pero no el único — del Discurso Político Hegemónico (DPH). Paradójicamente, su apoyo más fuerte está en una filosofía muy en boga que, a primera vista, parece su contrafigura. Nos referimos a aquellos filósofos que, dentro del polifacético movimiento posmodernista, propugnan la exaltación del presente, el antihistoricismo, la abolición de todo tipo de utopía o de proyecto; la exaltación del “goce” provisto por la única metafísica posible: “la tecnología que produce la infinitud del presente” (Heidegger, 1967).³⁰ Desde nuestra perspectiva, lo que más nos interesa es la *absolutización del discurso, transformado en metáfora que se retira* (Derridá, 1989).³¹ El sujeto se transforma en un ente contemplativo, en un sujeto-esponja, que abandona toda propuesta crítica activa para someterse voluntariamente a la *banalidad del discurso mediológico*.³² Esta filosofía, dentro del posmodernismo, se ha convertido, a pesar de su apariencia iconoclasta — o mejor dicho, gracias a ella-, en el más sutil auxiliar ideológico de la filosofía fuerte del neoliberalismo.

La *filosofía de la desconstrucción* no está dirigida a confrontar el *status quo*. Lo que desconstruye es el hombre mismo a través de su fragmentación, desde una propuesta discursiva que, aparentemente apolítica, es *políticamente operativa*. La filosofía, pensada para el superhombre y para las élites por Nietzsche y Heidegger, desciende para rutinizarse en el sentido común de las masas; es decir, contribuye a la función no explícita del DPH: mantener la sumisión y la unidad de las masas en América Latina, la inmovilidad social, desde la generación de una serie de representaciones sociales que les impide tomar conciencia crítica de la degradación de su sistema de vida con respecto al que se da en las metrópolis del “Primer Mundo”. Estas representaciones son “*fantasías*”, *fantasmas, irreales pero creíbles*, funcionales para articular la dominación hegemónica del DPH.

Estas fantasías son representaciones sociales que orientan conductas sociales, o sea, establecen metas y objetivos comunes socialmente funcionales. Desde nuestra perspectiva, estas fantasías son *mediadores ideológicos*. Esto las convierte en un elemento indispensable para que el discurso político sea efectivo sobre un *sentido común masificado*, es decir, estancado, vacío de voluntad social colectiva para tomar conciencia de la degradación progresiva de la sociedad. Hipotéticamente, podríamos enunciar las más significativas de estas fantasías:

- *la supuesta “Transición del Autoritarismo a la Democracia”;*
- *la “governabilidad de la democracia restringida” desde el pacto social entre actores y el olvido del pasado;*
- *la privatización como clave para el desarrollo hacia la democracia y la estigmatización del Estado como el responsable fundamental de la crisis estructural en América Latina;*
- *el derrumbe del comunismo como la eliminación del obstáculo fundamental para generar un intercambio igualitario con los países del Primer Mundo, especialmente con los EE.UU.;*
- *el derrumbe de las dictaduras militares como la eliminación del obstáculo fundamental para la erradicación del Terrorismo de Estado y la violencia política, económica y social.*

Estas seis fantasías no agotan la lista del contenido del DPH en América Latina, pero son algunas de las más importantes, por su significado coyuntural, para constituir la “democracia imaginaria”. Podríamos decir, entonces, que *el DPH, en tanto contiene y articula estas fantasías (representaciones sociales dominantes) consolida un Constructo Imaginario, que basa su supervivencia en su capacidad para erradicar toda organización e idea-fuerza política, de carácter progresivo, que signifique una apertura hacia la construcción de “la sociedad civil”, o sea hacia la verdadera democracia.* Debemos entender la Democracia -tal como lo sostiene Gramsci- no como un sistema formal de participación política al cual se llega y en el cual se permanece, sino el desarrollo tendencial hacia la *sociedad civil, o sea a la destitución del carácter represivo de las sociedades estatales.* En este proceso puede haber avances y retrocesos, pero es evidente que, para el desarrollo de las tendencias hacia la civilidad (*vigencia de los derechos humanos, o sea del Estado de Derecho, por consiguiente de la libertad de cada hombre para elegir y practicar libremente su modo de vida*), el espacio geopolítico de cada país debe estar liberado de tensiones externas e internas aniquilantes a fin de lograr un desarrollo armónico, piso estructural para todo proceso instaurador de la democracia.

La verdadera democracia en América Latina no es un dado perfectible, es un vacío oculto por las grandes narraciones de la Historia Oficial, llenado por un Imaginario, alimentado por el DPH, que mantiene la memoria abolida y la masificación disgregadora de la sociedad orgánica y participativa.

“La identificación entre el Estado y el individuo sólo es posible si existe la voluntad de constituir (involucrada con la sociedad política), una compleja y bien articulada sociedad civil, en la cual el individuo singular se gobierne a sí mismo sin que este autogobierno entre en conflicto con la sociedad política siendo su normal continuación, su compañero orgánico” (Gramsci, 1975).³³

“Una clase que se ponga a sí misma como capaz de asimilar toda la sociedad y sea capaz de realizar ese proceso, llevará a la perfección la concepción del estado y el Derecho, por haberse ambos convertido en inútiles, por *haber agotado sus objetivos y función y estar en condiciones de ser absorbidos por la sociedad civil...* (Ibídem)³⁴

Para A. Gramsci, este agotamiento de la necesidad del Estado y el derecho es la única tendencia posible para conquistar la democracia real, o sea, ampliando el espesor cualitativo de la sociedad civil y subsumiendo en ella la sociedad política, a través del *hombre que es capaz de gobernarse a sí mismo*.

Desde la perspectiva gramsciana, como también lo asume Eric Fromm en “Marx y su concepto del hombre” (Fromm, 1972),³⁵ la única democracia posible es la democracia proyecto. Nosotros agregaríamos como proyecto, como dirección hacia el logro de una libertad, que no será nunca una lucha finita. La utopía de la democracia total no es una realidad humanamente alcanzable, pero lo que vale es la tendencia a alcanzarla y, sobre todo, la convicción que la democracia no puede ser limitada, restringida, otorgada. O es *proceso hacia la construcción de la sociedad civil, o es el vacío sustituido por lo imaginario en tanto justificación de la desigualdad y la violencia económica, social y política*.

El inagotable pensamiento de Gramsci define la democracia como un camino interminable pero necesario de recorrer si el hombre sigue fiel a su elección de libertad como ser social. Es un proyecto no concluido, cuyos avances y retrocesos deben ser detectados en su significación en cada momento del presente, más allá de la luminosidad o la oscuridad de la coyuntura de un determinado lapso temporal. Desde esta perspectiva, la constitución de la civilidad tiene que ser investigada en lo que constituye la dimensión de su existencia posible, los nuevos espacios generados en el presente a partir del derrumbe del autoritarismo comunista y la planetarización del capitalismo salvaje.

Es en América Latina, en tanto ésta es una región especial de la aldea planetaria, *sometida por mimetización a las metrópolis del Primer Mundo*, donde la apertura de *nuevos espacios democráticos (NED)* debe afrontar el mayor reto para destruir la vigencia de *lo anacrónico, mistificado tras la máscara del “nuevo libertarianismo”* (Nosick, *op. cit.*). *Los NED deben ser formas de acción política que, nacidas de una acción comunitaria, desarrollen formas de pensamiento que, en lo filosófico, político y en lo científico, sean capaces de desmontar las formas de representación social en las que se basa el poder del DPH para sostener la Democracia Imaginaria*. La emergencia de estos espacios puede comenzar a darse con fuerza relativa en nuestra Región. El rechazo a las formas políticas tradicionales, la toma de conciencia de la necesidad de resolver comunitariamente los problemas que originan la desintegración perversa de la sociedad y generan la violencia cotidiana y la violencia institucional política, son embriones originarios que pueden ir ganando terreno en la medida que alcancen, desde objetivos políticos concretos,

a generar un contradiccurso al DPH, que sea capaz de reconstruir la memoria censurada y descodificar la “historia oficial”.

Los lugares sociales para la emergencia de estos espacios pueden ser múltiples y variados; el objetivo de lucha por la *libertad, desde una profunda transformación intelectual y moral, debe unificar los más moleculares (desde las relaciones sociales del uno con el otro) hasta los más molares y amplios (Frente por los Derechos Humanos, contra la opresión y la violencia institucional, política y social.*

La supervivencia, extensión y profundización de estos nuevos espacios democráticos dependerán, además, de su capacidad para generar *conquistas concretas de libertad social real en la dimensión del trabajo, la economía y, por supuesto, la política.* Esta es la única base posible para, desde una nueva praxis económica, social y política, romper las formas de representación social y aniquilar las fantasías que sostiene *el discurso político de la democracia imaginaria. Entendemos que ésta es la única muerte relativa y posible de Estado, muy distinta a la que propone el neoliberalismo.*

NOTAS

1. Gonzalez Casanova, P. y Roitman, M. (comps.), *La democracia en América Latina*, Actualidad y perspectivas. Madrid: Ed. Complutense, 1992, p. 21.
2. *Ibidem*, p. 22.
3. Barnett y Muller, *Los Dirigentes del Mundo*, Ed. Grijalbo, 1978.
4. Calello, H., *Los Verdugos de la Democracia*, Caracas: Ed. Alfadil, 1989, p. 84.
5. Roitman, M., *op. cit.*, p. 75.
6. Zavaleta Mercado, texto incluido por Roitman en el ensayo citado en la nota anterior.
7. Calello, H., en *Democracia y Violencia Política en Venezuela y América Latina*, varios autores, Ed. Facultad de Humanidades y Educación, UCV, 1991.
8. Khon, C., Calello, H. y otros, *Gramsci, memoria y vigencia de una pasión política*, Edit. ULA, 1992, pp. 372 y ss.
9. O'Donnell, Schmitter y otros, *Transición desde un gobierno autoritario*, Edit. Paidós, 1987.
10. Kohn, C., Calello, H. y otros, *op. cit.*, p. 373.
11. Silva Michelena, H., “*Curso de Economía*”, mimeo, Cendes, UCV, 1990.
12. Calello, H., *op. cit.* (5), pp. 77 y ss.
13. G. Casanova-Roitman, *op. cit.*
14. Cavarozzi, M., “*Transformaciones de la política en la América Latina contemporánea*”, comunicación a ALAS, XIX Congreso Latinoamericano de Sociología, 1993.
15. Sonntag, H.R., “*La democracia en Venezuela, una visión prospectiva*”, en la compilación citada (1), pp. 307 y ss.
16. Lander, E., “El desarrollo latinoamericano, modelos alternativos: economía y ecología”, en *Fermentum*, revista de sociología, Caracas, junio 1993.
17. En el desarrollo de este ensayo, afrontamos el tema de la comunicación desde una perspectiva opuesta. Se discute precisamente la función de los medios como diseminadores de un discurso fundamentador del sentido común acrítico y rutinario.
18. Freud descubre en el desarrollo de su método psicoanalítico la formidable trampa del racionalismo filosófico absoluto como propuesta de conocimiento. Ella consiste en suponer que este tipo de racionalismo agota la posibilidad de conocimiento; ergo, todo lo que escapa a este

- conocimiento (a la estricta racionalidad de la conciencia) *es incognoscible*. Como ya lo advirtió Gramsci, esta presunción absoluta de la razón deja fuera de la posibilidad de ser conocidas motivaciones profundas de la conducta humana y, en general, actos de gran significado tanto en lo ético político, como en el ejercicio del crimen y de la violencia. Ellos son atribuidos, sobre todo a nivel del sentido común, a oscuras fuerzas incontrolables, instintos, alma. Esto origina, especialmente a nivel de masas, la tendencia acrítica, el fatalismo y, sobre todo, la entrega a liderazgos manipuladores para lograr el consenso rutinario. Afirmamos que Freud descubre esta trampa en la medida que, al definir el espacio del inconsciente como un constructo de la memoria personal y social censurada, logra — al descifrar sus múltiples lenguajes — poner al descubierto que tales fuerzas abismales forman parte de una historia humana individual y social censurada y olvidada. Desde este punto de vista, como dice el filósofo italiano Franco Rella, Freud, al contrario de su pretendido sucesor Lacan, ilumina la “alteridad”, lo abismal, con la luz del racionalismo cognoscitivo de su Método Interminable (Rella, *El Descrédito de la Razón*). Ver FREUD, S., *La psicología de las Masas y el análisis del yo*, Madrid: Ed. B. Nueva, 1977, II T.
19. Zavaleta Mercado, *op. cit.*
 20. Arendt, H., *Los Orígenes del Totalitarismo*, Edit. Guedisa, 1986.
 21. Rozitchner, L., *Las Malvinas. De la guerra sucia a la guerra limpia*, Buenos Aires, Ed. Ceal, 1985.
 22. Calello, H., *op. cit.* (5), p. 96 y ss.
 23. *Ibidem*, p. 91 y ss.
 24. *Ibidem*, p. 98 y ss.
 25. Alrededor de 1980, un texto de Ernesto Laclau afronta el tema del populismo peronista y, desde una óptica althusseriana, intenta mostrar que “el populismo consiste en la presentación de las interpelaciones popular democráticas como conjunto sintético antagónico frente a la ideología dominante...” (E.L., *op. cit.*, p. 102). Semejante planteamiento, que conduce a confundir la relación perversa caudillo-masas con un movimiento potencialmente revolucionario, motivó un debate académico con otros científicos sociales argentinos, en ese momento “también marxistas” exilados en México. El debate fue académico y la tesis de Laclau no fue rebatida frontalmente. El trágico equívoco del peronismo travestido de movimiento revolucionario, y su secuela de violencia y muerte, parece que no sirvió para evitar el “travestismo sociopolítico”. Ver, sobre esta discusión, Ernesto Laclau, *Política e Ideología en la teoría marxista, México*, SXXI, 1978; Emilio de Ipola, “Populismo e Ideología”, *Revista Mexicana de Sociología*, julio 1980; J.C. Portantiero, “Lo nacional y popular en los populismos”, *Nueva Sociedad*, Caracas, 1981.
 26. En una línea totalmente opuesta a los enfoques sobre el populismo que hemos criticado en la nota anterior, un enfoque que nos llama la atención por su totalismo y riqueza teórica es el de Leon Rozichtner en el libro *Perón entre la sangre y el tiempo*, Ed. Ceal, 1985. Desde un enfoque filosófico marxista freudiano, rescatamos esta propuesta como un acercamiento a lo que hemos denominado una ciencia social contextualizada por una perspectiva reflexivo-historiocista. El populismo peronista en la figura del caudillo y el movimiento es desnudado, y aniquilada su imagen de movimiento clasista, y potencial transformador radical de la sociedad argentina. Si bien el enfoque de Rozichtner es fundamentalmente filosófico, desde una perspectiva más sociopolítica, otros investigadores que han desarrollado excelentes ensayos críticos teóricos, tanto del travestismo marxista como del neofuncionalismo, son: A. Quijano, *Notas sobre los problemas de la investigación social en América Latina*, conferencia mimeo, Lima, 1988; F. Hinkelammert, “La libertad académica bajo control en América Latina”, *Nueva Sociedad*, núm. 107, Caracas, 1990; y H. Zelman, *Los horizontes de la razón*, Barcelona: Ed. Anthropos, 1990. Naturalmente incluimos en esta línea los ya citados, G. Casanova-Roitman y Zavaleta Mercado.
 27. Varios Autores, *El Discurso Político Hegemónico y los Nuevos Espacios Democráticos*, Ed. Interna, ININCO, I Filosofía, Dirección de Post-grado, Fac. de Humanidades y Educación, UCV, abril 1993.
 28. Sus textos fundamentales son Rawls, J., *Teoría de la Justicia*, Anagrama, 1987; Nosick, R., *Estado, Anarquía y Sociedad*, Tusquets, 1990.
 29. Spencer, H., *El Hombre contra el Estado*, ed. Aguilar, 1977.
 30. Heidegger, *Identidad y Diferencia*, Buenos Aires: Ed. Proteo, 1967.

31. Derridá, J.J., *La desconstrucción en las fronteras de la Filosofía*, Paidós, 1989.
32. Vattimo, G., *El fin de la modernidad*, Guedisa, 1988.
33. Gramsci, A., *Quaderni del Carcere*, Einaudi, 1975, p. 1020.
34. *Ibidem*, pp. 1028-29.
35. Fromm, E., *Marx y su concepto del hombre*, 1972.